

2º Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 27.08.2013

Por lo tanto, buscaremos, meditando sobre la Regla, encontrar juntos el agua de la fuente que reaviva la llama del don de Dios de nuestra vocación. Parece paradójico hablar del agua que alimenta una llama, pero esta es la naturaleza del Espíritu Santo: es agua y fuego. En una región del Friuli he visto una fuente que manaba agua junto con un gas inflamable: si por la noche se le acerca un mechero, el gas se enciende y se ve que la fuente emite al mismo tiempo agua y llamas. Es una buena imagen del Espíritu Santo, Fuente de agua viva y de llama ardiente para irrigar e inflamar nuestra vida, a fin de que de fruto. El Espíritu es, al mismo tiempo, el agua y el sol que dan a la semilla de la palabra de Dios, sembrada en la tierra de nuestra vida y libertad, de dar fruto.

Meditar sobre la Regla, a la luz de la palabra de Dios, debe contribuir, por lo tanto, para dar agua y sol a la semilla de nuestra vocación, a la semilla del carisma de nuestra familia religiosa, para que dé fruto en la tierra en la que se encuentra, la tierra de la realidad en la que vivimos hoy, en la tierra de lo que cada uno de nosotros es, con sus cualidades y sus defectos, en la tierra de su cultura, de su situación social, de la naturaleza de su persona. A veces parece difícil entender qué nos pide san Benito para vivir hoy su carisma. Pero estoy convencido que san Benito ha escrito su Regla con una conciencia tan profunda y universal del hombre y del acontecimiento cristiano que cada cultura y cada época puede encontrarse en él, puede profundizarse en la conciencia y en el camino que propone. Cada vez me doy más cuenta que cuando se siente a san Benito lejano de nuestra sensibilidad, en realidad no es porque san Benito esté lejos de nosotros, sino porque estamos nosotros lejos de una conciencia verdadera y profunda de nuestra humanidad, de una conciencia cristiana de nuestra humanidad, es decir, de un modo de sentirnos hombres y de vivir nuestra humanidad que solo es posible a la luz de Cristo y del Evangelio.

Hechas estas premisas, con los Capítulos de este Curso querría comenzar del punto al que llegamos el año pasado, y si habéis olvidado todo, podéis releerlos en la página de la Orden (www.ocist.org; Capítulos Abad General). El año pasado meditamos sobre el temor de Dios, y después comenté todo el Capítulo 7 de la Regla, el Capítulo sobre los grados de humildad. Durante este tiempo se ha celebrado también un Curso para los Superiores de la Orden Cisterciense, a comienzos de julio, y también realicé tres Capítulos sobre el tema de la oración y del papel del Superior en la oración común del monasterio. Merecería la pena que los leyerais también, porque en estos Capítulos he empezado a meditar sobre algunos puntos que deseo profundizar con vosotros durante este mes. Por lo tanto, tomaré algunos pasajes de estos Capítulos a los Superiores cuando se desarrollen con vosotros, sobre todo con relación a dos temas que me parecen fundamentales: el concepto de la Obra de Dios, que san Benito identifica con la oración común, y el tema de la adopción filial que nos es ofrecida y dada en Cristo.

Por lo tanto, el año pasado he comentado el Capítulo 7 sobre la humildad, que culmina en el 12º grado que presenta al monje totalmente humilde: “El duodécimo grado de humildad es que el monje, además de ser humilde en su interior, lo manifieste siempre con su porte exterior a cuantos le vean; es decir, que durante la obra de Dios, en el oratorio, dentro del monasterio, en el huerto, en el camino, en el campo y en todo lugar, sentado, de pie o al andar, esté siempre con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo. Y,

creyéndose en todo momento reo de sus propios pecados, piensa que se encuentra ya en el tremendo juicio de Dios, diciendo sin cesar en la intimidad de su corazón lo mismo que aquel recaudador de arbitrios decía con la mirada clavada en tierra: «Señor, soy tan pecador, que no soy digno de levantar mis ojos hacia el cielo» (Cfr. Lc 18,13; Mt 8,8)” (RB 7,62-65).

Este grado de humildad nos ofrece el punto de partida para una reflexión sobre la Regla y sobre la vida. En efecto, me llama la atención la frase en la que Benito enumera los momentos y los lugares en los que el monje humilde expresa su humildad: “durante la obra de Dios, en el oratorio, dentro del monasterio, en el huerto, en el camino, en el campo y en todo lugar” (RB 7,63). En latín: “*in opere Dei, in oratorio, in monasterio, in horto, in via, in agro vel ubicumque*”.

Esta lista no está hecha por casualidad: tiene un orden, y este orden es un orden de irradiación: tiene un centro, y después círculos concéntricos cada vez más alargados. El centro es el Oficio divino, el *Opus Dei*, y los círculos se disponen con orden a partir de él: el oratorio, el monasterio, el huerto, el camino, los campos y, finalmente, hay un “*ubicumque*”, en todas partes, es decir, idealmente, en todo el resto del espacio del mundo.

En esta breve frase, creo que podemos ver una clave de interpretación y de comprensión de toda la Regla, y de la concepción que san Benito nos transmite de la vocación monástica y de su significado para el mundo. El monje verdaderamente humilde encarna y expresa de modo perfecto esta vocación. Debemos mirar este icono de verdad de vida para entender cómo debemos vivir toda la Regla y dejarnos formar por ella, para encarnar también nosotros esta verdad de vida que se irradia humildemente al mundo entero.

En efecto, la Regla, en su conjunto, describe los diversos círculos que san Benito enumera aquí, y cómo debemos vivirlos. El centro está la Obra de Dios, el Oficio, la oración comunitaria y personal; después, el primer círculo, que se forma alrededor de este centro, es la iglesia, el oratorio del monasterio. Después, está el monasterio como casa en la que los monjes viven, meditan, duermen, comen, acogen, etc. Sigue el huerto, es decir, el jardín interno, o, también los espacios de trabajo dentro de la clausura del monasterio. Cuando se sale de los muros del monasterio nos encontramos “*in via*”, en la calle, por lo tanto, en el círculo en el que se encuentran personas extrañas. A continuación, el círculo de los campos, es decir, de las tierras que pertenecen al monasterio fuera de los muros, incluso en lugares lejanos del monasterio. Finalmente, está, como decía, un “*ubicumque*”, un en todas partes, en el que podemos ver idealmente todo el espacio del mundo, el espacio en el que normalmente los monjes no van, pero que san Benito no excluye de la irradiación que encarna el monje humilde.

La Regla nos quiere enseñar a vivir con verdad en este espacio ideal de vida que tiene un centro y que se irradia de este centro al mundo entero.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori Ocist